

EL BAUTISMO, SACRAMENTO GRANDE Y SANTO

MIGUEL ÁNGEL KÉLLER, OSA

I. UN SACRAMENTO POPULAR, PERO DEVALUADO

“Sacramento grande, divino, santo, inefable” : así hablaba San Agustín al referirse al bautismo (*Tratados sobre la primera Carta de San Juan a los Parthos* 5,6). Confieso, sin embargo, que no he sido capaz de titular así este CUADERNO DE ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA. Demasiado largo, pensé inmediatamente. Nadie lo leerá con ese título, me dije después. Basta con poner *El bautismo*, argumenté para mi mismo. Si explico que es una cita de san Agustín, podría al menos añadir *sacramento grande y santo*, concluí por fin. ¿Lo dejo así?, ¿lo pongo entre comillas?, ¿como interrogante?, seguí preguntándome...

Aunque los especialistas en publicidad insistan en la importancia de buscar un título adecuado, es evidente que mis dudas sobre la forma de titular esta reflexión no obedecen prioritariamente a razones de vocabulario o *marketing*. Se trata, sobre todo, de una cuestión de honestidad teológica: ¿de verdad se puede decir que el bautismo es hoy para nosotros los bautizados, como lo era realmente para Agustín, un sacramento *grande, divino, santo e inefable*?

¿Quién de nosotros celebra o recuerda al menos el día de su bautismo? Y, si no lo hacemos, como ocurre en cambio con el día de nuestro cumpleaños, ¿a qué se debe? ¿No será que, mientras valoramos y agradecemos, como es justo, el nacimiento a la vida física, estamos muy lejos de conceder la adecuada importancia al bautismo como *nuevo nacimiento* en Cristo?

Por eso, quizá lo más objetivo sea comenzar afirmando que el bautismo es un sacramento popular, pero devaluado. Es decir, solicitado y recibido todavía por una gran cantidad de familias y personas –en los países de tradición cristiana, por supuesto– pero al mismo tiempo devaluado en su importancia, empobrecido en su significado, y, lo que es peor todavía, sin demasiada incidencia práctica en la vida de los mismos bautizados.

Lo que equivale a decir que, en realidad, desconocemos e ignoramos el verdadero sentido del bautismo, reducido con frecuencia –según los casos y las culturas– a una simple costumbre sociocultural, a una ocasión de fiesta familiar, a un rito religioso ligado incluso a temores supersticiosos, o en el mejor de los casos a una práctica católica que se debe cumplir y se hace así para quedar tranquilos de una vez para siempre.

Las razones de esta situación son también múltiples y no es fácil analizarlas con brevedad. Históricamente, ha influido, desde luego, la desaparición del *catecumenado* (proceso serio y prolongado de preparación para el bautismo de adultos) y la generalización del bautismo de niños. Culturalmente, la ignorancia religiosa, las desviaciones de la religiosidad popular y la secularización de la sociedad. Pastoralmente, el descuido de la evangelización y la catequesis a favor de una “*sacramentalización*” con frecuencia improvisada. Personalmente –y aquí cada uno tenemos que hacer nuestro examen de conciencia– la superficialidad y la incoherencia.

El resultado es la trivialización del bautismo y la existencia de un importante número de bautizados-no evangelizados, bautizados-no

practicantes, e incluso bautizados-no creyentes, que comprometen la honestidad de las personas, la credibilidad de la Iglesia y la posibilidad del cumplimiento de su misión en el mundo.

Aún dando por supuesto que *bautizados-no coherentes* somos todos, porque todos somos pecadores, y adelantando que la solución no es la propuesta simplista de acabar con el bautismo de los niños, sí vale la pena reaccionar contra la actual devaluación del bautismo, ayudar a los cristianos que luchan por descubrir y vivir todo su sentido y su riqueza, profundizar en el significado de este primer sacramento, verdaderamente *grande, divino, santo e inefable*...Y a todo ello puede contribuir, en gran manera, como veremos, la experiencia y las enseñanzas de Agustín.

II. DESCUBRIR LA RIQUEZA DEL BAUTISMO

- DIMENSIÓN CRISTOLÓGICA (en relación a Jesucristo) : ***El bautismo nos une a Jesucristo y nos identifica con ÉL***

Los creyentes de la antigüedad lo expresaban de una forma muy sencilla y rotunda: ¡el cristiano es otro Cristo! Es el convencimiento que hacía exclamar a Agustín ante los bautizados “alegrémonos y demos gracias a Dios: no sólo nos hemos hecho cristianos, nos hemos hecho Cristo” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 21,8). Y que toda la tradición cristiana ha intentado expresar al referirse a los bautizados como *configurados* con Cristo, *revestidos* de Cristo, *incorporados* (insertados o injertados) a Cristo, *hechos* Cristo, *copartícipes* (capaces de compartir) de su vida y su misión...

Esta relación real con la persona y el misterio de Cristo es, desde luego, la dimensión básica del bautismo, sacramento que nos hace *cristianos*:

-Unidos al misterio pascual de su muerte y resurrección, hemos pasado con Él de la muerte a la vida (cf. *Romanos* 6,3 ss.; *Colosenses* 2,11-13). Hemos muerto al mal y al pecado en todas sus expresiones y consecuencias y hemos resucitado a una vida nueva

-“*Con Cristo, por Cristo y en Cristo*” –como proclama la liturgia de la Eucaristía- nos llamamos y somos hijos de Dios, hermanos de todos los hombres y mujeres, señores de la creación.

-De igual manera, participamos –como lo resalta una de las fórmulas más bellas pero menos comprendidas del Ritual del bautismo- de su misma misión *sacerdotal* (en el culto litúrgico y en el culto espiritual de la consagración de la propia vida al Señor), *profética* (testigos con las obras y las palabras del Reino de Dios y sus valores), y *real* (soberanía sobre el pecado, para construir el Reino en nuestro corazón y en el mundo).

Cristianos, hijos de Dios, sacerdotes, profetas y reyes : he aquí la riqueza y la dignidad del bautismo, ignorada y caricaturizada al reducirlo sólo a su aspecto negativo de “*detergente*” del pecado...

- DIMENSIÓN ECLESIOLOGICA (en relación a la Iglesia) : ***El bautismo nos incorpora a la Iglesia, comunidad de salvación y Pueblo de Dios***

Al identificarnos con Cristo, el bautismo nos hace *miembros* de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. 1 *Corintios* 12), “el Cristo total” constituido por la Cabeza y los miembros (cf. *Sermón* 294,10), como le gustaba decir a Agustín:

- La Iglesia *hace* el bautismo, ella es la madre que engendra nuevos hijos de Dios en su seno o “matriz materna” (*Sermón* 119,4), la fuente bautismal
- El bautismo *hace* a la Iglesia, es decir, la construye y la hace crecer (cf. *Efesios* 2,19 ss; 4,12-16) como Pueblo de Dios peregrino en la historia
- La *comunión* en “*un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo*” (*Efesios* 4,5) –¡eso es la Iglesia!– supera todas las diferencias entre los bautizados (ver 1 *Corintios* 12,13; *Gálatas* 3,26-28) y da como fruto una nueva y fraternal forma de vivir entre ellos (ver *Hechos* 2,42 ss.)
- La *comunidad eclesial* entendida y vivida así desde su raíz bautismal, exige una pertenencia activa y afectiva de sus miembros –expresada normalmente por la vinculación a una comunidad parroquial– para constituir una Iglesia-comunión, toda ella ministerial y testimonial, que sea realmente signo de fraternidad en un mundo injusto, inhumano y no solidario.

La pérdida de la dimensión comunitaria-eclesial del bautismo, tantas veces celebrado y vivido de forma individual e individualista, empobrece y falsifica su sentido, y tiene mucho que ver por supuesto con la falta de sentido comunitario de nuestras celebraciones y parroquias.

• DIMENSIÓN PNEUMATOLÓGICA (en relación al Espíritu) : **El bautismo nos hace templos vivos del Espíritu Santo**

Cristo, la Iglesia y el Espíritu son inseparables en la obra de la salvación. La praxis cristiana del bautismo comienza el día de Pentecostés, y el bautismo se entenderá siempre desde entonces, inseparablemente, como “*en el nombre del Señor*” y “*en el agua y el Espíritu*”:

- Es el Espíritu Santo quien actúa para que el agua produzca el nuevo nacimiento en Cristo, el perdón de los pecados y la incorporación a la Iglesia. Así lo atestigua, en la liturgia bautismal y desde los primeros siglos, la fórmula de bendición del agua bautismal como invocación al Espíritu Santo
- En el bautismo, *recibimos* el Espíritu Santo –que es el Espíritu de Jesucristo, el Señor resucitado- y sólo por la *acción o fuerza* de ese mismo Espíritu nos convertimos en cristianos: libres del pecado, hijos de Dios, llamados a una vida nueva, resucitados con Cristo, coherederos de la gloria, miembros vivos de la Iglesia (ver la acción del Espíritu en *Romanos* 8 y 1 *Corintios* 12).
- Lo que es actualmente el *sacramento de la confirmación* –con su efecto específico de darnos “*el don del Espíritu Santo*” – fue durante siglos un rito postbautismal, celebrado inmediatamente después del mismo bautismo, para expresar también como hoy la plenitud de la presencia del Espíritu en el bautizado, por la unción con el crisma y la imposición de manos

“Bautizaos, y seréis el templo del Espíritu Santo”, decía el Obispo Agustín a sus catecúmenos (*Sermón a los catecúmenos sobre el Símbolo de los apóstoles* 5,13). Se ha dicho, seguramente con razón, que el Espíritu Santo es el gran olvidado de los bautizados...Necesitamos recuperar el gozo de su presencia, darnos cuenta de que continuamente “*gime en nosotros con gemidos inenarrables*” (*Romanos* 8,26) y no entristecerle ignorando la luz y el amor con los que Él, “*Señor y dador de vida*”, quiere dinamizar y transformar nuestra vida y la historia toda de la humanidad.

• **DIMENSIÓN ESCATOLÓGICA** (en relación al sentido último de la vida y de la historia) : ***El bautismo nos introduce en la utopía del Reino de Dios***

Jesucristo ha resucitado ya, pero todavía no lo ha hecho plenamente en nosotros; somos ya hijos de Dios, pero todavía no se manifiesta esta condición en nuestra vida (cf. *1 Juan* 3,1-2); el Señor ha vencido ya al pecado y a la muerte, pero todavía no resplandece esta victoria en el mundo; el Reino de Dios ya está en medio de nosotros (*Mateo* 12,28), pero todavía no plenamente realizado...: en esta tensión *escatológica* (hacia la plenitud de los últimos tiempos), entre el “*ya, pero todavía no*”, entiende, celebra y vive la Iglesia el sacramento del bautismo. Porque:

- La Pascua del Señor es el acontecimiento escatológico por excelencia, el comienzo de la plenitud de los tiempos (cf. *1 Pedro* 1,3-5), y el bautismo nos incorpora de lleno al misterio pascual
- La Iglesia es una comunidad escatológica, peregrina y en camino, que –durante el tiempo que precede a la venida del Señor– es semilla, signo, instrumento y servidora del Reino, y el bautismo nos incorpora a esa Iglesia
- El Espíritu Santo, que ungió a Jesús para hacer realidad lo anunciado por los profetas para los tiempos del Mesías (cf. *Lucas* 4,16 ss.), impulsa también a sus discípulos para ser sus testigos hasta los últimos tiempos (*Hechos* 1,8), y en el bautismo recibimos ese mismo Espíritu

El término griego *escatología* (lo relativo al fin de los tiempos, a la plenitud de la historia) es quizás difícil de entender, pero encierra una gran riqueza, lo mismo que el concepto de *utopía* (ideal inalcanzable por el que siempre luchamos). Al perder la dimensión *escatológica* y *utópica* del bautismo, los cristianos nos hemos hecho conformistas, mediocres, instalados y poco comprometidos. Y hemos falsificado también lo que llamamos efecto *negativo* del sacramento bautismal (el perdón o remisión de los pecados), porque no es puramente negativo (simple limpieza o borrado del pecado) sino que implica también liberación y fuerza para luchar contra el mal y las estructuras de pecado. También aquí podríamos decir que “*ya*” se nos perdonó el pecado, pero “*todavía*” está presente en nuestro corazón y en el mundo: de ahí la necesidad de renunciar a él y hacer realidad esa renuncia a lo largo de la vida del bautizado.

• **DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA** (en relación a la persona humana) : ***El bautismo nos da una vida nueva y nos compromete con ella***

El bautismo es un *sacramento* (algo *sagrado, divino, encuentro con Dios...*), pero eso no equivale a afirmar que sea algo mágico, automático o impersonal. Un aspecto de la teología bautismal notablemente subrayado hoy, y que ya era evidente para Agustín: “una cosa es el sacramento del bautismo y otra la conversión del corazón, pero la salvación del hombre queda completada en lo uno y en lo otro” (*Tratado sobre el bautismo* 4,25,32). La obra de Dios se realiza por la gracia en el ser humano, pero no sin él.

- Incluso desde el punto de vista humano, el bautismo –como todos los *ritos de iniciación* de las diversas religiones y culturas– tiene un riquísimo sentido como *celebración de la esperanza*. Comienza algo nuevo (un niño nacido hace poco, o un adulto que quiere asumir una nueva dirección en su vida, según los casos) y podemos no sólo desear, sino también celebrar que será algo bueno y feliz: porque ya Jesucristo nos señaló el camino, porque tenemos una familia (la Iglesia) donde podemos contar con la ternura del Padre Dios y la fraternidad de otros muchos, porque no estamos solos sino con Alguien (el Espíritu) que impulsa el mundo hacia el bien y nos apoya cuando nos enfrentamos con el mal...

- El bautismo es don de Dios, pero también tarea y compromiso de los bautizados que, con su *respuesta libre* asume los dones de la gracia bautismal y los vive coherentemente a través de la *fe*, la *conversión* y la *vida cristiana*. El relato de los Hechos de los Apóstoles sobre la vida de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén a raíz de los bautismos del día de Pentecostés (*Hechos* 2,42ss.), que siempre cautivó a Agustín como ideal de vida, son sin duda la mejor explicación posible de lo que el bautismo está llamado a ser en la vida real, personal y comunitaria, de los creyentes.

- La fe bautismal no es sólo intelectual (aceptar un conjunto de ideas o doctrinas) sino *vital* : es vida y entrega, transformación de actitudes, búsqueda de la verdad, la justicia y el amor del Reino en el seguimiento de Jesús. Cuando Pablo habla de “*Cristo que vive en mí*” y de “*la fe que actúa por el amor*” (*Gálatas* 2,20; 5,6) está explicando hermosamente el efecto del bautismo en la vida del cristiano. Implica una actitud de continua conversión y lucha contra el mal, un esfuerzo para “*caminar siempre como hijo de la luz*” (*Ritual del Bautismo*, citando *Efesios* 5,1-14).

La **liturgia** bautismal intenta, a lo largo de la **celebración del bautismo**, hacernos entender de algún modo toda esta riqueza misteriosa y múltiple que hemos intentado resumir y comentar. Y lo hace, como en el caso de los demás sacramentos, a través de una serie de signos, sencillos pero significativos:

- LA CRUZ , señal de cristiano y recordatorio del compromiso de vida: “no se puede llevar la cruz en la frente sin llevarla en el corazón”, recordará Agustín a sus catecúmenos (*Sermón Denis* 17,8; cf. *Comentarios a los Salmos* 85,14; *Id.* 50,1).

-EL AGUA y LA PALABRA, elementos esenciales del bautismo: “quita el agua, y no hay bautismo; quita la palabra, y no hay bautismo tampoco” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 15,4). El agua, signo de limpieza y de vida, de salvación como las aguas del diluvio o el mar Rojo (cf.

Sermón 106,1 y 223 E,2). Las palabras, que expresan directamente la misteriosa acción de Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) en el sacramento.

- LA LUZ, signo del mismo Jesucristo, luz del mundo (*Juan* 8,12), y de la fe, que ilumina nuestro camino por la vida, nos hace reconocer la presencia de Señor en ella y reconocernos como hermanos, nos recuerda el compromiso de vivir como *hijos de la luz*. La curación del ciego de nacimiento es por eso otro texto usado con frecuencia por Agustín como símbolo bautismal (cf. *Sermón* 136 A,1).

- LA UNCIÓN CON EL ACEITE, signo de que somos *crístos* (= ungidos con aceite) y de la fuerza del Espíritu : “ La unción espiritual es el mismo Espíritu Santo; su sacramento consiste en la unción visible” (*Tratados sobre la primera Carta de San Juan* 3,5).

-LA VESTIDURA BLANCA, que los recién bautizados recibían después del bautismo y conservaban durante la primera semana de Pascua como señal de su purificación del pecado

- LA ORACIÓN, hecha profesión de la fe de la Iglesia, y de un modo especial la recitación del Padre nuestro, la oración de los bautizados “que les enseña cómo deben rezar” (*Sermón* 228,2).

El *simbolismo* de la Liturgia es otro tesoro perdido –por su realización precipitada y poco significativa, o por efecto de una mentalidad excesivamente abstracta e intelectualista– que nos impide con frecuencia entender y profundizar la realidad del mundo sacramental y en concreto del bautismo. No era así en tiempos de Agustín, y aquí podríamos encontrar, quizás, otra pista importante para revitalizar nuestra fe y nuestra vida como bautizados.

III. LA EXPERIENCIA DE AGUSTÍN

Agustín nunca habla de memoria...Cada una de sus enseñanzas –de ahí su cercanía y su actualidad muchas veces sorprendente– es fruto de una experiencia profundamente vivida y reflexionada, enriquecida con un notable análisis antropológico e iluminada desde la fe.

Y el tema del bautismo no es por supuesto una excepción en este sentido. Agustín ha vivido en su propia carne la búsqueda dramática del sentido de la vida y ha conocido la amargura de la duda y la equivocación. Ha experimentado el gozo de la progresiva llegada a su vida de la luz de la Palabra y de su consciente incorporación a la Iglesia. Ha sido testigo directo del poder y la necesidad de la gracia de Dios en el camino de su propia conversión. Ha sido protagonista –primero como *catécumeno* o *candidato*, luego como *bautizado* y después como *ministro del sacramento*– de la solemnidad gozosa de la liturgia bautismal. Ha gastado buena parte de su tiempo y los mejores afanes de su trabajo pastoral en explicar a los catecúmenos y a los fieles el significado y el compromiso del bautismo. Ha vivido y profundizado siempre su condición de cristiano, miembro y servidor de la Iglesia, templo del Espíritu, peregrino hacia la paz de la Ciudad de Dios, pecador en continuo proceso de conversión para responder a las exigencias del Evangelio...

- La llamada *conversión de san Agustín* (cf. *Confesiones* 8,12,28-30) tuvo lugar con toda probabilidad en los primeros días de agosto del año 386, poco antes de las vacaciones de la vendimia. Agustín las aprovecha para

retirarse al campo, a una granja o finca de un amigo. Allí, en Casiciaco –con su madre Mónica, su hijo Adeodato, Alipio y otros amigos íntimos– saborea el *sabor de la libertad*, dialoga y escribe, medita y ora, lee la Escritura. Al comenzar la cuaresma, en marzo, vuelve a Milán y se inscribe como *catecúmeno* para tomar parte con toda emoción y devoción en la preparación para el bautismo dirigida por el Obispo Ambrosio, que le bautiza, y también a Adeodato y Alipio, en la Vigilia pascual. Era la noche del 24 de abril del año 387, y Agustín resume así la experiencia de su bautismo: “Recibimos el bautismo y huyó de nosotros el temor por la vida pasada” (*Confesiones* 9,6,14).

- El *catecumenado* o preparación para el bautismo era sin duda la estructura pastoral más importante y efectiva de la Iglesia antigua. En realidad, lo era la *iniciación cristiana*: todo un largo proceso, normalmente de varios años de duración, durante el cual los candidatos se preparaban con la catequesis, la penitencia y la oración –acompañados por sus padrinos, seguidos muy de cerca por el Obispo y la comunidad, a través de diversos exámenes o escrutinios– para recibir conjuntamente, de ordinario en Pascua, los sacramentos de la iniciación cristiana: bautismo, crismación o confirmación y Eucaristía.

En la época de Agustín, el proceso catecumenal se reducía prácticamente a la cuaresma, como tiempo de *penitencia* (oración, ayuno, limosna), *enseñanza doctrinal* (fuerte catequesis bíblica, explicación del símbolo o credo y del padrenuestro, que debían aprenderse y recitarse ante la comunidad) e *iniciación litúrgico-ritual* (liturgia de la Palabra, y reuniones especiales para los escrutinios, exorcismos y otros ritos)

- El *Obispo* intensificaba su participación personal en la catequesis durante la cuaresma, cuidaba especialmente las homilias dominicales y se reservaba las sesiones de *catequesis mistagógicas* (sobre los misterios sacramentales) a los *neófitos* o recién bautizados durante el tiempo de Pascua. La riqueza de los actuales *Leccionarios litúrgicos* de Cuaresma y Pascua (especialmente del ciclo A, con las lecturas sobre la luz, el agua, la vida...que servían para la catequesis bautismal) y del nuevo *Ritual para la iniciación cristiana de adultos* es todavía hoy fiel reflejo del serio esfuerzo pastoral de la Iglesia de los primeros siglos en torno a la preparación del bautismo.

Así actuó Agustín con esmerada dedicación durante sus tiempos de Obispo, como lo atestiguan sus *Sermones* de Cuaresma y Pascua, juntamente con las dos obras que escribió expresamente para orientar la preparación de los catecúmenos (“*La Catequesis a principiantes*” y el “*Sermón a los catecúmenos sobre el Símbolo de los apóstoles*”).

Vale la pena, por eso, detenernos en la descripción de una liturgia bautismal de la época, tal y como la viviría y celebraría Agustín en la noche de Pascua, para evocar más de cerca su propia vivencia (síntesis tomada de HAMMAN, A.G., *La vida cotidiana en África en tiempos de san Agustín*, CETA 1989, pp. 321 ss.):

El obispo se dirige ahora a los catecúmenos, que en adelante ocupan el centro de la celebración. Tiene lugar la renuncia solemne a Satanás y a sus pompas, así como la confesión de fe. Los candidatos, con el rostro dirigido hacia el Occidente, que es región de las tinieblas, responden a las preguntas: -

¿Renuncias a Satanás? ¿Renuncias a sus obras? ¿Renuncias a sus pompas? –Sí, renuncio. Mirando al Oriente, hacia Cristo, responden también, -Creo, a las preguntas sobre la fe en la Trinidad, la Iglesia, el bautismo, el perdón de los pecados. Y la procesión de los catecúmenos deja la basílica iluminada para dirigirse, cantando el salmo 41 (“como busca la cierva corrientes de agua”), al contiguo baptisterio. La piscina era un pilón octogonal, rodeado de columnas que sostienen la bóveda. La sala está adornada con mosaicos: flores y peces son los motivos más frecuentes, en los laterales y sobre el asiento del obispo. La pila está llena de agua viva, que cae en cascadas desde una tubería. El agua de la piscina se calentaba en las frescas noches de abril, y sobre ella se pronunciaba la oración consagratória o de bendición.

Los catecúmenos se desvisten, hombres de un lado y mujeres del otro. Todos entran desnudos, tales como dejaron el seno de su madre, en el seno materno de la Iglesia. Esta desnudez no asusta a quienes van a menudo a las termas y duermen así sin vestidos bajo las mantas. Los niños son primero, luego bajan los hombres y las mujeres. La piscina tiene normalmente tres peldaños que facilitan la entrada al agua corriente, que les cubre hasta medio cuerpo y está construida de manera que el catecúmeno debía bajar por el lado oeste y subir por el este. El obispo hace a cada uno las tres preguntas rituales: -¿Crees en el Padre? ¿Crees en el Hijo? ¿Crees en el Espíritu Santo? La respuesta resuena clara y decidida: -Sí, creo. A cada respuesta, el bautizado recibe un chorro de agua, o bien el ministro derrama agua sobre él diciendo – Yo te bautizo. Cuando se trata de los hombres, el obispo es asistido por clérigos y padrinos; en cuanto a las mujeres, por diaconisas o mujeres de edad madura.

Los nuevos bautizados atraviesan la piscina, se secan y se presentan al obispo, quizás en una sala contigua, quien los unge en la cabeza con crisma perfumado: es el símbolo de pertenencia al pueblo real y sacerdotal. Reciben entonces un vestido blanco, expresión de la pureza del alma, que llevarán durante una semana, tiempo durante el cual usarán también sandalias de fieltro para no tocar el suelo. La imposición de las manos y la señal de la cruz en la frente del bautizado, de origen apostólico, lo marcan en adelante con el nombre de su nuevo amo, de su emperador, Cristo. A cada uno le impone las manos, invocando sobre él al Espíritu: esta confirmación sella y termina la iniciación bautismal. En adelante, los bautizados se llamarán neófitos, los recién nacidos de la madre Iglesia, y podrán participar de inmediato en la mesa eucarística.

IV. LA ENSEÑANZA DE AGUSTÍN

No escribió San Agustín ningún “catecismo” o síntesis sistemática sobre el sacramento del bautismo. Su enseñanza sobre el mismo se encuentra, como hemos indicado, a lo largo de toda su predicación y también en las obras que redactó para enfrentar a dos de las más conocidas herejías del África cristiana de su tiempo: el *donatismo* (que negaba el valor del bautismo administrado por ministros indignos o heréticos) y el *pelagianismo* (que negaba el pecado original y por lo tanto la necesidad del bautismo de niños). Contra estos últimos escribe la obra *Consecuencias y perdón de los pecados y el bautismo de los niños*, cuyo contenido resume en el *Sermón 294*:

“Los niños, dicen (los pelagianos), debido a su inocencia, dado que no tienen absolutamente ningún pecado, ni personal ni original, ni

cometido por ellos ni heredado por ellos ni heredado de Adán , aunque no se bauticen tendrán necesariamente la salvación y la vida eterna; pero han de bautizarse para entrar en el reino de Dios, es decir en el reino de los cielos....¿Hay pues una vida eterna distinta del reino de los cielos?...Tal es una afirmación nueva en la Iglesia, nunca antes oída...También es erróneo afirmar que los niños nacen sin pecado, pues Pablo afirma que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así pasó a todos los hombres, pues todos pecaron en él (*Romanos 5,12*)... Todo nacido nace condenado, nadie es liberado si no es regenerado...quien no renazca del agua y del Espíritu, no entrará en el reino de los cielos (*Juan 3,5*)”

Nunca la polémica es ambiente favorable para pensar con completa objetividad y Agustín, en su afán por rebatir a Pelagio y defender la absoluta necesidad de la gracia y el valor del bautismo, llega a una postura que la teología de hoy consideraría exageradamente “*sacramentalista*”. Aunque le parece difícil aceptar que un niño muerto sin bautizar no se salve –“no encuentro un motivo suficientemente razonable para ello”, dice en el mismo *Sermón 294,7*– no acierta a explicar cómo pueda salvarse al margen de Cristo, y piensa que sin el bautismo quedaría en una cierta forma de condenación, “sin duda la más suave de todas las formas posibles” (*Consecuencias y perdón de los pecados y el bautismo de los niños 1,16,21*). Aunque sí acepta, como es la tradición de la Iglesia, que el sacramento del bautismo pueda ser sustituido por el *bautismo de sangre* y el *bautismo de deseo* (los mártires y los catecúmenos que mueren antes de ser bautizados): al fin y al cabo, la Escritura atestigua que el buen ladrón recibió del mismo Jesús la promesa de la salvación a pesar de no estar bautizado, y el Centurión Cornelio recibió el Espíritu Santo antes que el bautismo...(*Tratado sobre el bautismo 4,21,28 y 4,23,30*).

Contra la postura de los donatistas, Agustín escribe expresamente el *Tratado sobre el bautismo y El único bautismo (Réplica a Petiliano)*. En este caso, defiende abiertamente el valor del único bautismo, aunque haya sido administrado por pecadores o herejes, porque es Cristo quien actúa siempre en el bautismo: “Lo que vio el Bautista en Cristo al descender sobre él la paloma fue una peculiar propiedad suya futura, a saber, que, aunque fueran muchos los ministros santos o pecadores que bautizaran, la santidad del bautismo no sería atribuida sino a Aquel sobre el que la paloma descendió y de quien se dijo: este es el que bautiza en el Espíritu Santo. Ya sea que bautice Pedro, Pablo, o Judas, siempre es Él el que bautiza” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 6,7*).

De hecho –zanjando una discusión suscitada desde hacía tiempo en la Iglesia africana– el Obispo de Hipona no “*rebautiza*” o vuelve a bautizar a quienes fueron bautizados por los donatistas o cayeron en la herejía o en la apostasía, sino que los reconcilia con la Iglesia, imponiéndoles las manos y admitiéndoles así a la unión de la caridad: “Los sacramentos son algo santo y grande, pero el hombre nada es si no tiene caridad. Así pues, la fuerza (*virtus*) del sacramento es la caridad, de la que carece el hereje aunque se encuentre en él la forma del sacramento. En consecuencia, cuando un hereje viene a mí, nada quito a la forma del sacramento y no lo

rebautizo; pero le devuelvo la fuerza del sacramento para introducir la raíz de la caridad” (*Sermón 229 U*).

Por encima de polémicas y cuestiones secundarias, *Jesucristo y la Iglesia, la vida nueva del Señor resucitado y la comunión eclesial constituyen el corazón mismo y la clave de toda la doctrina agustiniana sobre el bautismo:*

- El bautismo nos hace participar del misterio pascual de Jesucristo: “Centremos nuestra reflexión, amadísimos, en la resurrección de Cristo, pues del mismo modo que su pasión era símbolo de nuestra antigua vida, así su resurrección encierra el misterio de la vida nueva. Por eso dice el Apóstol : Hemos sido sepultados con Cristo, por medio del bautismo, para la muerte, a fin de que, como Cristo resucitó de entre los muertos, así también nosotros caminemos en la vida nueva (Romanos 6,4). Has creído y te has bautizado: murió la vida antigua, recibió la muerte en la cruz, fue sepultada en el bautismo. Ha sido sepultada la vida antigua, en la que viviste mal; resucite la nueva. Vive bien; vive para vivir; vive de una manera que, cuando mueras, no mueras” (*Sermón 229 E, 2-3*).

- El bautizado es *cristiano*, está unido al Señor y le pertenece para siempre. Agustín emplea el término latino *signum o character* (etimológicamente la marca que permitía reconocer a los soldados del Emperador o a las ovejas de un rebaño) para referirse al bautismo: los cristianos son “las ovejas del Señor, las que tienen su sello (carácter), lavadas en el bautismo, señaladas con su nombre, redimidas por su sangre” (*Sermón 295,5*). “Haz la hipótesis de que eres militar, –dice Agustín a los Donatistas– . Si llevas la marca de tu Emperador y te mantienes en unión con él, combates con seguridad; pero, si la llevas separado de él, esa señal no sólo no te servirá de nada para combatir, sino que por ella serás castigado como desertor. Ven , pues (a la unidad de la Iglesia)...” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 6,5*).

- El bautizado es engendrado como hijo de Dios por la madre Iglesia, y está llamado a vivir en su seno: “ No me cabe duda que a vuestra fe no resulta extraño ni nunca oído, sino de sobra conocido –predica Agustín en la octava de Pascua– que así como nacimos carnalmente de nuestros padres, así espiritualmente nacemos de Dios, como padre, y de la Iglesia como madre” (*Sermón 260 C,1*). De la Iglesia recibimos la gracia, el bautismo, la eucaristía y todos los otros sacramentos (*Sermón 103,1,9*): no puede tener a Dios por Padre quien no acepta a la Iglesia como madre, predica convencido Agustín (*Sermón 255 A,2*).

- La vida del bautizado es una vida nueva, en el Espíritu, que debe manifestarse en la práctica por la vivencia del mandamiento del amor. La imposición de manos –comenta Agustín– da el Espíritu Santo a los bautizados, pero ya no se manifestará por el don de lenguas, como en la Iglesia primitiva, sino por el amor : “¿Cómo se comprueba o conoce que uno ha recibido el Espíritu Santo? Pregunte a su corazón; si ama al hermano, en él mora el Espíritu de Dios...Vea si tiene el amor de la paz y de la unidad, el amor de la Iglesia...Si tienes amor fraterno puedes estar seguro” (*Tratados sobre la primera Carta de San Juan 6,10*).

DOS INQUIETUDES

Han pasado muchos siglos desde que san Agustín viviera su experiencia bautismal y se constituyera en testigo de la doctrina católica sobre el sacramento del bautismo. Sus enseñanzas, como en otros puntos de la teología católica, continúan siendo válidas y orientadoras, al margen de algunos puntos discutibles o exagerados. Pero seguramente, después de leer el resumen necesariamente incompleto que hemos intentado ofrecer, pueden quedarnos dos inquietudes cuando intentamos captar su sentido fundamental y reflexionar desde él sobre nuestra propia experiencia de fe: la cuestión del bautismo de los niños y la forma de conseguir la necesaria revitalización de la pastoral bautismal. Dicho de otra forma más directa: ¿hay que *bautizar todavía a los niños*, y además, ¿qué pasa con los niños que mueren sin recibir el bautismo? ¿se puede hacer algo para que el bautismo sea realmente un *sacramento de la fe*?

• EL BAUTISMO DE LOS NIÑOS

Continúa siendo práctica usual en la Iglesia católica, pero vale la pena esforzarnos por profundizar en ella. Agustín la aceptaba y urgía para no privarles de la salvación, y la justificaba por la función maternal de la Iglesia: “La Iglesia madre presta a los niños los pies de otros para que se acerquen, los corazones de otros para que crean, la lengua de otros para que confiesen su fe” (*Sermón 176*). Es, al fin y al cabo, comenta Agustín, lo que hacen todas las madres, actuando a favor de sus hijos –incluso mientras los llevan en su seno– que no pueden hacerlo por sí mismos, lo que hizo la viuda de Naím intercediendo por su hijo muerto ante Cristo... La Iglesia conserva desde los primeros tiempos esta praxis, que atestigua además que siempre *la gracia es gracia*, es decir, que Dios toma la iniciativa en la salvación, “nos busca sin que nosotros le busquemos y para que le busquemos” (*Confesiones 11,2,4*).

La profundización en la naturaleza del pecado original –que afecta a todo ser humano, pero no como una especie de *virus* necesariamente mortal– y, sobre todo en la eficacia del amor salvador de Dios revelado en Jesucristo – que murió por todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, y NO sólo por los que son bautizados– ha acabado hoy en el pensamiento teológico y la mentalidad de la Iglesia con la *angustia* que supone una interpretación fundamentalista de la necesidad del bautismo para la salvación. Hoy nadie puede afirmar que no tienen posibilidad de salvación los que no reciben el bautismo (por pertenecer a otra cultura religiosa o porque mueren antes de poder ser bautizados): Dios es Padre de todos, mira el corazón, juzga misericordiosamente a cada uno según sus circunstancias concretas, y su poder salvador no está subordinado a ritos externos...La doctrina del Concilio Vaticano II sobre los no bautizados en la Iglesia católica (ver los Documentos sobre el *Ecumenismo* y *Las religiones no cristianas*) y el *Ritual de exequias para los niños muertos sin bautizar* son, por ejemplo, dos valiosos testimonios actuales de la esperanza en la salvación de todos los seres humanos, bautizados o no. Una esperanza de salvación, fundada en la misericordia divina, que el *Catecismo católico* afirma explícitamente (cf. nn. 1257-61). Lo que no equivale a menospreciar el valor del sacramento del bautismo, ni a

negar la legitimidad de su administración a los niños, que proclama además la gratuidad amorosa de la salvación cristiana : todos, en realidad, somos salvados como niños (Marcos 10,2).

Desde el punto de vista antropológico, es posible incluso entender cómo el bautismo administrado a los niños antes del uso de razón no significa un atropello a su *libertad*. El bautismo se frustraría sólo –y ya lo sabía, aceptaba y advertía desde luego el mismo Agustín– “si, llegado a la edad de la razón, (el bautizado en la niñez) no cree personalmente ni se abstiene de toda mala obra y deseo” (*Consecuencias y perdón de los pecados y el bautismo de los niños* 1,33,62). Pues el bautismo es sólo el inicio dinámico del camino de la vida cristiana, el principio y no el final del proceso de *hacerse cristiano*: su don a los niños es oferta y compromiso para su libertad, pero no la destruye ni la violenta. Es un hecho innegable que los niños dependen de sus padres; que al bautizarles actúan en el orden de la vida cristiana como actúan en el de la vida natural: no preguntaron a sus hijos si querían vivir, incluso les alimentaron y llevaron a la escuela a pesar de sus lloros y protestas...Lo hicieron convencidos de que no negaban su libertad infantil, seguros de que cuando crecieran y comprendieran los grandes beneficios recibidos sin consentimiento personal –la vida, los alimentos, la educación– los aceptarían libremente y los asumirían con gozo y gratitud: para eso continuaron educándolos y esperando con paciencia su madurez personal. ¿No era lógico actuar así también y darles la vida nueva del bautismo y la educación cristiana?

En el *Nuevo Catecismo* leemos: “*El niño recibe este sacramento de la manera como vive en lo demás: en dependencia de los adultos. De ahí que los niños no sean bautizados por tener personalmente fe, sino porque nosotros encontramos muy natural transmitirles nuestra fe. Introducimos a los niños en nuestra propia fe, los introducimos en la fe de la Iglesia. Pero después, es necesario desarrollar todo esto, mediante una educación cristiana. A la larga, tiene que venir una conversión, una entrega personal*” (NUEVO CATECISMO PARA ADULTOS, “Catecismo holandés, Herder 1969, pp. 240-42)

En esta misma línea se expresa Juan L. Segundo: “*El bautismo da ostensiblemente al niño cristiano lo que Dios da a todos los niños: el nacer en un mundo redimido, o sea, la participación en la liberación que Cristo trajo al mundo. Ello quiere decir que el bautismo no instauro –por virtud de una cierta magia , aplicada externamente- dos grupos de seres humanos opuestos. No cabe pues argüir que el bautismo debe posponerse para que libremente el niño, al poseer el uso de razón y la libertad, decida si admite o no la realidad (privilegiada) que el bautismo le brinda. Tal privilegio no se da (...) Los cristianos no tienen el monopolio de la gracia; pero sí el de su manifestación sensible, significativa, sacramental*” (JUAN L. SEGUNDO, *Teología abierta para el laico adulto*, C.Lohlé 1974, pp. 102-103).

•¿BAUTISMO O INICIACIÓN CRISTIANA?

¿Se puede hacer algo para que el bautismo sea realmente un sacramento de la fe? Una pregunta necesaria, porque cuanto venimos diciendo no equivale de ningún modo a defender la administración masiva, indiscriminada y puramente externa del bautismo. En este sentido, tienen razón quienes denuncian que la praxis del bautismo de niños se ha convertido, a veces, en la forma de fabricar en serie “*futuros paganos*” en vez de hombres y mujeres nuevos regenerados en Cristo y comprometidos a vivir de acuerdo con las exigencias del bautismo, tanto a nivel personal (conversión) como social

(cambio de estructuras de pecado e injusticia)... De hecho, el canon 868 del vigente *Código de Derecho Canónico* pide, en el caso del bautismo de niños, al menos el consentimiento de uno de los padres y tutores además de “*la esperanza fundada de que el niño va a ser educado en la religión católica*”. Y la *Instrucción pastoral sobre el bautismo de los niños* (Roma, 1980) señala con claridad la postura adecuada a seguir:

- *aceptación* de la validez y conveniencia de la praxis tradicional de la Iglesia (bautismo de niños) siempre que se den las *garantías mínimas* de que el bautismo se celebre en actitud de fe y el sacramento recibido pueda alcanzar en el futuro su “*verdad total*” mediante una verdadera educación en la fe y la vida cristiana (lo que normalmente dependerá de los padres y del entorno familiar más próximo, aunque sean posibles otras suplencias)
- *retrasar* la administración del bautismo cuando estas garantías mínimas no parezcan serias, invitando a los responsables a un *proceso* de discernimiento, diálogo, purificación de motivaciones y formación en la fe, cuya aceptación o rechazo pueda, además, servir de criterio externo de la actitud de quienes solicitan el bautismo
- *negación* del bautismo, postergándolo a la decisión posterior del mismo bautizado en la edad conveniente, cuando parezca comprobado que no existen las mínimas garantías de fe y todo se reduce al ámbito de lo mágico-social o religioso-folklórico
- *compromiso* de toda la comunidad cristiana en la preparación, celebración y seguimiento del bautismo administrado a los niños, expresado también al menos en unas estructuras mínimas pero reales de *acogida, diálogo, catequesis, inserción en la comunidad...*

Este último aspecto es, sin duda, decisivo, pues la incoherencia o coherencia entre la fe y la vida del bautizado no depende necesariamente de la edad en que se recibe el bautismo, sino de la existencia de una auténtica evangelización, una catequesis seria, y unas estructuras válidas de iniciación cristiana. El verdadero problema no es si se bautiza a los niños o cómo se les bautiza, sino *cómo se hace uno cristiano y cómo se construye y renueva una comunidad*. Porque los cristianos no nacen, sino que se hacen. Y –como atestigua la experiencia secular de la Iglesia, ya desde el antiguo catecumenado– esto sólo es posible *en comunidad* y a través de un *proceso* serio y prolongado de conversión, catequesis integral y crecimiento en la fe. La forma de realizarlo puede ser diversa (con motivo de la confirmación, catequesis de adultos, revitalización de la cuaresma, grupos o asociaciones...) pero su planteamiento es de vital importancia para los bautizados que quieran vivir su bautismo y para las comunidades cristianas que quieran ofrecer esta posibilidad con un mínimo de responsabilidad y realismo pastoral.

A MODO DE CONCLUSIÓN : ¡VIVIR EL BAUTISMO!

Llegamos así al final de nuestra reflexión con la esperanza de que sirva para despertar en nosotros la actitud de fe, gratitud y compromiso en relación con nuestro bautismo. Porque NO “*estamos bautizados*”, simplemente como algo estático y pasado; estamos llamados a *vivir nuestro bautismo*, a actualizarlo y, de algún modo, seguirnos bautizando cada día. Esta actitud es imprescindible si es que hemos entendido el sentido del sacramento del *bautismo*, la dinámica de *conversión* que exige (antes o después de su

celebración, en el caso respectivo de bautizados adultos o niños) y lo que es de verdad la *fe* y la *vida cristiana*. Porque estamos hablando de algo dinámico, que no se tiene sino que se vive, aunque por desgracia muchos bautizados podrían compararse al ignorante que muere en la pobreza aunque tiene en el bolsillo un cheque millonario que no sabe entender ni convertir en dinero...

Ser cristiano es una *vocación* y una *tarea*. Lo que implica un camino de oración asidua y continua escucha de la Palabra de Dios, de catequesis y formación permanente, de conversión, de renovación de la gracia bautismal por la recepción de la Eucaristía y los demás sacramentos, de pertenencia activa a una comunidad eclesial, de crecimiento en la caridad...

Es entonces cuando el bautismo ilumina, "*sella*" y transforma también progresivamente la vida en la práctica y se realiza también en la dimensión *ético-moral* como compromiso de una vida nueva, *de una forma nueva y diferente de vivir* en el seguimiento de Jesucristo encarnado en la dimensión personal, comunitaria y social de la vida cristiana. Algo completamente opuesto a la caricatura que supone ser cristianos, todo lo más y en el mejor de los casos, 45 minutos a la semana (durante la misa dominical) y paganos el resto de la semana (en la familia, el trabajo, la diversión, la economía, la política...).

Lejos todo ello de una interpretación negativa y moralizante ("*como estoy bautizado no puedo hacer esto o debo hacer aquello...*"), sino como experiencia radical de *libertad*: estoy liberado *del* mal y del pecado, *para* vivir con la libertad de los hijos de Dios, *en* la gracia y el seguimiento de Jesucristo el Señor (como Él vivió y enseñó a vivir). Se trata de ser cristiano, de *tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Filipenses 2,5ss.)*: en relación con el *Padre Dios* (en sus manos, con humilde obediencia, confianza absoluta y filial, adoración profunda y dialogante...), en relación con el *Reino de Verdad y de Vida, de santidad y justicia, de paz y amor* (la causa de la vida de Jesús, la clave de su visión del ser humano y del mundo, el auténtico sentido de la vida...), en relación con los *pobres y los que sufren* (los primeros en el Reino, los preferidos de Dios, los que siempre merecen benevolencia y solidaridad...).

Vivir el bautismo es vivir una vida plena y que no termina... Aunque, eso sí, implica llevar la *cruz* de cada día (*Marcos 8,34ss.*) y morir al *egoísmo* de una vida-para-sí-mismo, que nos hace esclavos de los ídolos del tener-poder-placer egoístas y a cualquier precio, y que lleva a la muerte. Una aventura apasionante, que vale la pena, que ha sido la tarea y la felicidad de tantos verdaderos cristianos, hombres y mujeres de todos los tiempos y épocas, que supieron descubrir y vivir el tesoro de su bautismo, *sacramento grande, divino, santo e inefable...*

PARA EL DIÁLOGO

¿Es verdad que el bautismo es entre nosotros un sacramento devaluado? ¿Por qué motivos y con qué consecuencias o manifestaciones?

Vuelve a leer el apartado "*Descubrir la riqueza del bautismo*": señala y comenta lo que te parece más importante, y también los aspectos más desconocidos u olvidados

¿Has hecho alguna vez una oración agradeciendo tu bautismo? Puedes hacerla ahora, y guardarla para rezarla en el aniversario de tu bautismo

PARA EL DIÁLOGO

De los textos o ideas de San Agustín sobre el bautismo, ¿cuáles te han llamado más la atención o te parecen más significativos?

¿Qué piensas sobre la práctica tradicional del bautismo de los niños?

¿Serías capaz de buscar razones válidas a favor y en contra para un debate serio?

¿Qué podrían o deberían hacer los bautizados y las comunidades cristianas para vivir más consciente y coherentemente el sacramento del bautismo?